

Última lección: Sentido de esperanza. Escatología Sanjuanista

JESÚS GARCÍA ROJO
Universidad Pontificia de Salamanca

1. ENTRE LA DESESPERANZA Y LA CARENCIA DE SENTIDO

En un artículo reciente sobre la identidad e identidades juveniles, Félix Palazzi von Büren, profesor del Boston College, se pregunta cómo hablar de la esperanza cuando ésta ha colapsado. La mera contemplación del panorama actual no solo ofrece fundadas razones para el pesimismo y el desaliento, sino que, citando al escritor árabe francés A. Maalouf —añade— todo parece indicar que estamos navegando a la deriva. No se trata de exagerar ni de describir un futuro apocalíptico, sino de tomar conciencia de “un generalizado desencanto epocal”¹. Desde otra perspectiva, Alexander Bathyány, profesor de psicología en la Universidad de Viena, sostiene que una parte considerable de la sociedad del bienestar ha perdido la orientación. “En este contexto, la investigación psicológica nos habla de un sentimiento profundo de desmoralización, escepticismo, falta de

1 A. Palazzi von Büren, “Identidad e identidades juveniles: hablar de la esperanza en medio del colapso de la esperanza”, *Razón y Fe* 286 (2022) 66. Cf. J. J. González Garmedia (coord.), *Esperanzas y desesperanzas en la sociedad actual*, Salamanca 2013; T. Muro Ugalde, *Escatología cristiana. Esperanza en tiempos de desesperanza*, San Sebastián 2009.

compromiso, resignación e incertidumbre, sobre todo, en los países industriales ricos”².

“Los tiempos que vivimos —escribe Francesc Torralba— no son proclives para cultivar la virtud de la esperanza”³. Lo que hoy abunda en el ambiente son los discursos apocalípticos, que arrastran a muchos a la resignación, un virus que se contagia fácilmente y que es más tóxico que el Coronavirus. La crisis sanitaria que ha vivido la humanidad estos últimos años ha sido un durísimo golpe para muchas personas y ha puesto fin a muchas de sus ilusiones. ¿Cómo seguir esperando cuando el miedo y la impotencia nos dominan y cuando en el horizonte solo se divisan negros nubarrones?

Siempre habrá personas que planten cara a las situaciones más difíciles y complicadas, pero, al mismo tiempo, hay que reconocer que, en opinión de Jean-Claude Hollerich, presidente de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea, “la gente vive al día y no tiene esperanza para el mañana”⁴. Son muchos los casos en los que la esperanza brilla por su ausencia y lo que predomina es el desencanto y el pesimismo. Uno de esos casos es el de Pierre Anthon, protagonista de la novela *Nada* de Janne Teller, quien, después de mucho reflexionar, llegó a la conclusión de que no vale la pena vivir y, como consecuencia, decide subirse a un árbol desde donde ve pasar la vida. En su aparente ingenuidad, sobrepasando la simple ficción literaria, el relato “expresa el estado de ánimo de muchos ciudadanos que sienten en sus carnes la nada y que no hallan una razón, un motivo, un sentido por el que luchar”⁵. Y sin una razón o motivo por el que luchar la vida se hace muy cuesta arriba.

En su día Viktor Frankl señaló que la enfermedad propia de nuestro tiempo es la falta de sentido. Según él, son muchas las personas que tienen la sensación de que su vida carece de sentido, lo que genera un sentimiento de frustración existencial. Estaríamos ante un fenómeno ampliamente extendido, cuya onda expansiva es tan potente que atraviesa todo tipo de barreras, haciendo mella, sobre todo, en los jóvenes⁶. Cuando la frustración existencial hace acto de presencia no

2 A. Bathyány, *La superación de la indiferencia. El sentido de la vida en tiempos de cambio*, Barcelona 2020, 11.

3 F. Torralba, “Contra la resignación”, *Vida Nueva* 3185 (2020) 50.

4 Entrevista publicada en *Vida Nueva* 3289 (2022) 39. El filósofo André Comte-Sponville afirma que la esperanza es engañosa y que solo renunciando a ella seremos felices (cf. A. Comte-Sponville, *La felicidad, desesperadamente*, Barcelona 2010).

5 F. Torralba, *¿Por qué Pierre Anthon debería bajar del ciruelo? Interioridad y sentido*, Madrid 2013, 7.

6 Cf. V. E. Frankl, *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*, Barcelona 2001; Id., *La psicoterapia al alcance de todos. Conferencias radiofónicas sobre terapéutica psíquica*, Barcelona 1990; Id., *La voluntad de sentido. Conferencias escogidas sobre logoterapia*, Barcelona 1994.

solo se pierde la ilusión de vivir, sino que, con relativa frecuencia, se adoptan comportamientos contrarios a la vida como el consumo de alcohol o de drogas, la práctica de la delincuencia e incluso el suicidio⁷. Y es que quien no tiene un porqué para vivir difícilmente sabrá para qué vivir. En este caso la razón y el sentido ceden su lugar a la sinrazón y al sinsentido, expresiones máximas de un nihilismo despersonalizador, en el que la nada y el vacío marcan el rumbo de las personas. No deja de ser llamativo que en una sociedad, como la nuestra, en la que abundan los medios cada vez más perfectos escaseen los fines. Y sin fines o metas la persona se desorienta. El que no persigue un fin o meta se parece a aquel motorista que iba a toda prisa, pero sin saber adónde iba. No se trata de correr velozmente, sino de tener objetivos claros y no perderlos de vista. De la importancia de tener objetivos precisos y bien delimitados da cuenta Natalie du Toit, quien, después de haber perdido su pierna izquierda y de haber sido la primera nadadora inclusiva en unos Juegos Olímpicos, manifestó que lo trágico no es no poder alcanzar los objetivos, sino no tenerlos⁸. Y no tener objetivos significa moverse en el horizonte de lo efímero y volátil, de lo relativo y fragmentario, llegando a aceptar, sin dramatismo alguno, el vacío y carencia de sentido⁹. Regidos por un vacío que no comporta ni tragedia ni apocalipsis, “la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente al sentido puede desplegarse sin patetismo ni abismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores”¹⁰.

Aunque lleve una vida muy mezquina, el ser humano tiende a la supervivencia. A esto Schopenhauer lo llamó ‘voluntad de vivir’: una fuerza o pulsión que rige el devenir de todos los seres, en el que se afirma el querer vivir. Un claro ejemplo de esto lo tenemos en la exuberancia de las plantas y en la vitalidad de los animales. En el caso del ser humano, la voluntad de vivir se expresa bajo la forma de un continuo deseo de felicidad nunca plenamente satisfecho, lo que es fuente de sufrimiento. Escapar al sufrimiento no resulta fácil; si, finalmente lo consigue, el ser humano termina cayendo inexorablemente en el vacío y aburrimiento. ¿Cómo escapar a esta situación? Schopenhauer propone una especie de

7 En los últimos años, el número de suicidios, sobre todo entre los jóvenes, ha aumentado de forma significativa en España, de modo que, en referencia a este hecho, algunos hablan de ‘epidemia silenciosa’ (cf. R. Rogero - J. Muñoz - J. Jiménez, “El suicidio, la epidemia silenciosa: mitos y realidades”, *Sal Terrae* 110 (2022) 775-788. Cf. A. Pangrazzi, *El suicidio. Nunca nos despedimos*, Madrid 2022).

8 Cf. *El Mundo. Suplemento especial*. Viernes 11 de noviembre de 2011, 4.

9 Cf. A. Ginzo Fernández, “En torno al problema de Dios en el pensamiento contemporáneo”, en R. Martínez Díaz *et al*, *Romper el silencio sobre Dios: razón, fe, amor* (VIII Jornadas de Teología), Santiago de Compostela 2008, 62.

10 G. Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona 2003, 38.

salida del mundo a través de la contemplación de la obra de arte, la práctica de la compasión y la vida ascética¹¹. Con todo, la pregunta que subyace es: si la voluntad de vivir es un deseo inherente al hombre en cuanto ser viviente, ¿cómo se explica que algunos lleguen a la conclusión de que no vale la pena vivir? ¿No va en contra de la innata voluntad de vivir renunciar a la vida, evadiéndose, sea como sea, de la misma? ¿A qué se debe ese no querer vivir? Dicho de otro modo: ¿cuál es la causa o razón última que lleva a las personas a creer que la vida carece de sentido?

Dando por supuesta la complejidad de las personas y de sus situaciones, a la hora de explicar el origen de la frustración existencial (consecuencia de la falta de sentido), Viktor Frankl echa mano del concepto de ‘neurosis noógenas’; dichas neurosis, relacionadas con conflictos de conciencia, son estados anímico-espirituales que atraviesan a la persona en su unidad tridimensional: somática, psíquica y espiritual. En la medida en que tomemos en consideración estas dimensiones no solo obtendremos una imagen completa del ser humano, sino que, además, estaremos en condiciones de afrontar las neurosis noógenas, causadas muchas veces por la pobreza espiritual que domina la vida moderna. Si descartamos o negamos la dimensión espiritual del ser humano, como de hecho ocurre muchas veces, nos exponemos a que las cuestiones existenciales, entre ellas la relativa al sentido de la vida, queden sin respuesta. No es ese el caso de Viktor Frankl, quien, plenamente convencido de la importancia de dicha dimensión, asegura que lo que el ser humano quiere por encima de todo es un sentido para su vida¹². Eso es lo que todo ser humano, incluso el más desorientado y angustiado, desea en lo más profundo de su ser; y para ello propone la logoterapia, que trata de hacer consciente al paciente del sentido de su vida. La gran tesis de la logoterapia queda enunciada al afirmar que la vida tiene sentido siempre y en todas partes. No son las circunstancias las que marcan o deciden el sentido. Es la persona la que en cada momento tiene que descubrir cuál es el sentido de su vida. Y aunque, ante situaciones extremadamente graves y complicadas, algunos piensen que hay sobrados motivos para la desesperación, se hace apremiante recordar que ni el mundo está definitivamente roto ni la desesperanza puede tener la última palabra¹³.

11 Cf. A. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, México 1983.

12 Cf. V. E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona 2003; Id., *La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión*, Barcelona 1999.

13 Cf. M. Ballester (ed.), *Ante un mundo roto. Lecturas sobre la esperanza*, Murcia 2005.

2. POR UNA ESPERANZA MAYOR

Con razón se ha dicho que lo que puede salvar a las personas del tedio vital es la interioridad¹⁴. Empezar el camino hacia la interioridad significa, en primer lugar, atreverse a dejarse interpelar por aquellas preguntas que brotan en lo más profundo de nuestro ser y, en segundo lugar, tratar de darles la respuesta adecuada. Una de esas preguntas es la relativa al sentido de la vida, pregunta eminentemente antropológica, que está como incrustada en las entrañas del ser humano y cuya respuesta exige un esfuerzo de interiorización en nosotros mismos. Quedarse en la superficie de las cosas ha sido la tentación de todos los tiempos, una tentación que se ha agravado en nuestros días. Con frecuencia, el ritmo de la vida moderna nos impide adoptar una postura serena y reflexiva ante los interrogantes que plantea la existencia. No en vano se ha dicho que uno de los enemigos del alma del hombre hodierno es la frivolidad, que termina haciendo de la persona una caricatura de sí misma¹⁵. Ante esta amenaza, nada ficticia sino muy real, cabe la posibilidad de reaccionar tomando mucho más en serio las cosas. Es lo que propone von Balthasar a propósito del caso concreto de Córdula: la que, en un primer momento, ante el ataque de los hunos, se había escondido, después decidió salir de la nave y entregarse voluntariamente a la muerte. En un momento de reflexión ha comprendido que la muerte da forma a la vida y que su misión consiste en atestiguar que el amor es superior a la muerte. Por ello se apresura a unirse a sus compañeras (las once mil vírgenes, según la leyenda) a fin de no desaprovechar su suerte¹⁶. Y eso es lo que, de alguna manera, se desea a sí mismo y a los demás Pedro Castelao, quien, saliendo al paso del ruido y superficialidad que llevan al olvido de uno mismo, confiesa: “Nada me aterra más que el pensamiento de que a mis hijos se les obture el sentido de la trascendencia y vivan tonta y superficialmente su existencia”¹⁷.

Y, junto a la vida interior o interioridad, la esperanza. De su importancia da cuenta el Sirácida al decir: ¡ay de aquel que ha perdido la esperanza (cf. Ecl 2, 13-14); descarriado y falto de la luz de la sabiduría, queda a merced de su propia caída (cf. Ecl 4, 19). Tener esperanza es de las cosas que más pueden ayudar en la

14 Cf. E. Andrés Suárez - C. Esteban Garcés (coords.), *La interioridad como paradigma educativo*, Madrid 2017; F. Donaire Martín, *La escuela de Teresa. Una pastoral educativa de la interioridad*, Madrid 2017; J. Otón Catalán, *Interioridad y espiritualidad*, Santander 2018; J. Pigem, *Ángeles o robots. La interioridad humana en la sociedad hipertecnológica*, Barcelona 2018; T. Santamaría García, *Interioridad*, Madrid 2020; A. Silveira, “La interioridad humana y san Juan de la Cruz. Camino de salida y de llegada”, *Salmanticensis* 69 (2022) 181-202.

15 Cf. A. Puig, “Los tres nuevos enemigos del alma”, *Ecclesia* 4108 (2022) 18-19.

16 Cf. H. U. von Balthasar, *Seriedad con las cosas. Córdula o el caso auténtico*, Salamanca 1968, 125-133.

17 P. Castelao, *La visión de lo invisible. Contra la banalidad intrascendente*, Santander 2015, 30.

vida. Esto lo sabía muy bien el actor Javi Martín, quien, sin ningún tipo de rubor, confiesa: “Perdí la esperanza un tiempo y casi termino con mi vida”¹⁸. Por su parte, José Carlos Bermejo, director del Centro de la Humanización de la Salud (Tres Cantos), después de haber superado una grave enfermedad, causada por el Covid-19, manifestaba que “he aprendido que sin esperanza me muero”, una esperanza que, sin dejar de apuntar al futuro, es dinamismo del presente¹⁹. Ciertamente, no es fácil vivir sin esperanza (acaso habría que decir que es imposible). Tal vez por eso, a modo de súplica, el conocido sociólogo Zygmunt Bauman exclamaba ¡Dios nos libre de perder la esperanza!²⁰. Sin lugar a dudas, es lo peor que puede sucedernos, ya que, como indicara Laín Entralgo “un hombre sin esperanza es un absurdo metafísico”²¹. La esperanza es lo que nos mantiene en pie y nos impulsa a seguir caminando a pesar de las dificultades. Por eso, advertía Julián Marías “la más atroz injusticia que se puede cometer con un hombre es despojarlo de su esperanza”²².

Por naturaleza, el hombre es un ser esperante. Quien renunciara a esperar estaría firmando su acta de defunción, dado que vida y esperanza caminan a la par. Y, aunque, como después veremos, no todas las esperanzas son iguales, generar y fomentar esperanza es de capital importancia. Lamentarse del actual panorama de desesperanza, al que nos hemos referido anteriormente, sirve de muy poco. Con ello no haríamos sino añadir una voz más al coro de voces apocalípticas ya existentes. Lo que realmente interesa en estos momentos es reivindicar la esperanza como apuesta por la vida y fuente de sentido²³. Ella es esa niña pequeña que, pese a su pequeñez, es capaz de llevar sobre sí a la fe y al amor, sus hermanas mayores. Una acción tan extraordinaria, asegura Charles Péguy, no podía dejar de sorprender incluso al mismo Dios: ver cómo van hoy las cosas y esperar que mañana puedan ir mejor es “la más grande maravilla de nuestra gracia”²⁴.

18 Entrevista publicada en *Vida Nueva* 3289 (2022) 47.

19 Cf. J. C. Bermejo, *La esperanza en tiempos de coronavirus*, Santander 2020.

20 Cf. Z. Bauman, *Múltiples culturas, una sola humanidad: “Si perdemos la esperanza será el fin, pero Dios nos libre de perder la esperanza* (entrevista de Daniel Gamper Sachse), Barcelona 2008.

21 P. Laín Entralgo, *Antropología de la esperanza*, Barcelona 1978, 11.

22 J. Marías, *Problemas del cristianismo*, Marid 1979, 38-39. “La esperanza y la búsqueda de sentido son características profundamente o incluso *intrínsecamente* humanas, tal y como confirman numerosos estudios psicológicos y clínicos” (A. Bathány, *La superación de la indiferencia...*, 16).

23 Bajo el título *Comunicar una esperanza mayor*, los obispos ibéricos de las Comisiones para la Comunicación Social, reunidos en Santiago de Compostela del 24 al 26 de octubre, hacían una llamada para “comunicar una esperanza realista y resistente, siendo voz de los sin voz, del sufrimiento de la tierra y del dolor de los humanos”: <https://www.conferenciaepiscopal.es/encuentro-comisiones-comunicacion-espana-y-portugal-2022/> (consulta realizada el 17 de noviembre de 2022).

24 Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Madrid 1991, 17.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la esperanza no se identifica ni con la ingenuidad ni con el optimismo, cabe preguntarse por qué o en base a qué esperan los seres humanos. En un número indeterminado de casos bastará activar las solas fuerzas humanas para hacer frente a situaciones especialmente difíciles y complicadas, que ponen en peligro la esperanza. Hay que reconocer, sin embargo, que no siempre estamos en condiciones de afrontar dichas situaciones y que, por tanto, podríamos desalentarnos e incluso derrumbarnos. De todos modos, es necesario señalar que no todas las esperanzas son iguales: aparte de las esperanzas que entretejen el vivir de cada día y a las que podemos catalogar como ‘pequeñas esperanzas’, hay otras, de mayor rango o categoría, que apuntan más lejos del vivir cotidiano y que exigen mayor entrega, y a las que podemos llamar ‘grandes esperanzas’. También se puede hablar de esperanzas últimas y de esperanzas penúltimas, de esperanzas triviales y de esperanzas religiosas, dependiendo de cuál sea su objeto o contenido. Aquí nos fijamos exclusivamente en la esperanza cristiana que, por cuanto va más allá de las comunes esperanzas humanas, Benedicto XVI la califica de nueva y grande. La novedad y grandeza de la esperanza cristiana está en que apunta a una realidad transmundana, sin que eso exima al cristiano de trabajar por este mundo. Todo lo contrario. Como manifestó el Concilio Vaticano II, la esperanza escatológica urge al cristiano a transformar el mundo presente siendo signo del venidero (cf. GS 39)²⁵. Pero, además, la novedad y grandeza de la esperanza cristiana radica en que se apoya en Dios, que no puede fallar. Más todavía, Dios, que es fundamento de la esperanza cristiana, es asimismo su meta y contenido. “El creyente no solo espera en Dios, sino que espera a Dios como sumo bien para él y para todos”²⁶.

3. SENTIDO Y ESPERANZA DE SALVACIÓN

Durante cierto tiempo, la teología, y más concretamente la escatología, se entendió como ‘doctrina sobre las realidades últimas’, como si su tarea fuera dar información sobre el más allá. En la encíclica *Spe salvi* Benedicto XVI dejó claro que el mensaje cristiano no es solo ‘informativo’, sino ‘performativo’, capaz, por consiguiente, de cambiar la vida de las personas. En este sentido, la esperanza

25 Cf. L. Albar Marín, *La fuerza de la esperanza. Camino de plenitud*, Madrid 2016; B. Fernández - F. Prado (eds.), *El esplendor de la esperanza. La dimensión escatológica de la vida consagrada*, Madrid 2014; J. Tolentino Mendonça, *El poder de la esperanza. Manos que sostienen el alma del mundo*, Madrid 2020

26 F. Elizondo, “La persona esperanzada”, *Iglesia Viva* 177 (1995) 211. Cf. J. García Rojo - J. R. Flecha (coords.), *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI Spe salvi*, Salamanca 2008.

cristiana no es una simple teoría, sino que implica un compromiso con la realidad histórica en la que vivimos; y la escatología es el intento de responder a los interrogantes que, de forma ininterrumpida, brotan en el corazón del ser humano sobre el sentido último de la existencia. Así pues, no se trata de hacer una descripción de la vida después de la muerte, sino de indagar en la vida antes de la muerte, “considerando lo escatológico como un principio operante en la historia y en la realidad”²⁷.

En un mundo en el que, gracias a la técnica cada vez más avanzada, el ser humano se considera capaz de programar su futuro y en el que, por otra parte, mucha gente vive de espaldas a las llamadas “realidades últimas”, se hace más necesario el anuncio de la esperanza cristiana. Dicho anuncio no puede reducirse a la salvación de la propia alma ni siquiera de la historia, sino que ha de apuntar a la creación de un ‘cielo nuevo y una tierra nueva’. Cielo y tierra nuevos que trascienden la historia, dotándola de sentido. En este caso, más que lección o discurso sobre las cosas últimas, la escatología sería la respuesta cristiana a la pregunta por el sentido. Ante esa pregunta la esperanza escatológica apuesta por un ser y sentido que los cristianos llaman salvación. Si no hay sentido, la salvación se convierte en respuesta a situaciones o experiencias parciales concretas. “La ausencia de la cuestión del sentido conlleva una difuminación del tema de la salvación”²⁸. El destino último de la realidad no es la destrucción o el sinsentido, sino su salvación y plenitud. Esa es nuestra esperanza. Una esperanza que se afianza en el hecho de reconocer que la salvación no es cosa nuestra sino de Dios. ¿Aceptar y agradecer la salvación que Dios nos ofrece gratuitamente en Jesucristo no es una manera de hacer frente a la desesperanza? En todo caso, conviene recordar que la escatología cristiana está íntimamente relacionada con la soteriología, ya que se refiere a la esperanza de salvación. El Dios que nos ha creado es el Dios que viene a nuestro encuentro para salvarnos y hacer justicia a la criatura. ¡Qué importante es vivir ya desde ahora ese encuentro con Dios como una experiencia de sentido a la espera de lo que será un abrazo de plenitud y eternidad!

Si despertar la ilusión de vivir en quienes la han perdido es una hermosa tarea, una hermosa tarea es también reavivar y fortalecer la esperanza, sabedores de que,

27 F. Palazzi von Büren, “Identidad e identidades...”, 67. “La esperanza cristiana se forja en la realidad histórica desde la relacionalidad y se nutre de ella, porque es el don de un Dios trinitario” (*Ibid.*, 75. Cf. J. Giménez, *Lo último desde los últimos. Esbozo de esperanza y escatología cristianas*, Santander 2018).

28 E. J. Justo Domínguez, “Pensar y decir la salvación cristiana”, *Estudios Eclesiásticos* 97 (2022) 748. Cf. Id., *La salvación. Esbozo de soteriología*, Salamanca 2017; F. Martínez Díez, *La salvación*, Madrid 2019.

como decía Martin Luther King, quien ayuda a una persona a tener esperanza no habrá vivido en vano²⁹. Si esto es válido para todos, por lo que respecta al cristiano, hay que decir que no solo es inconcebible un cristiano sin esperanza, sino que, por el hecho de serlo, está llamado a ser testigo gozoso de la misma.

En el mensaje final del Sínodo, celebrado en Roma durante el mes de octubre de 1999, los obispos se propusieron dar testimonio del evangelio de la esperanza, dejando claro desde el primer momento que la esperanza es posible. Aunque debilitada y atacada, destruida y negada, lo cierto es que el hombre no puede vivir sin esperanza. ¿Por qué los tiempos difíciles, como los nuestros, no habrían de ser también tiempos de esperanza? Lo son y lo serán para cuantos, como el apóstol Pedro, confiesen que Jesús es el Cristo (cf. Mt 16,16). Y de esta confesión de fe, afirman los obispos, nace una alegre confesión de esperanza que, proclamando al Señor Jesús resucitado “esperanza de la gloria” (Col 1,2), asegura que nuestra existencia tiene sentido. En Jesucristo la esperanza ha dejado de ser un simple deseo para hacerse realidad en su Iglesia en la que actúa la salvación del hombre y de la sociedad³⁰.

La esperanza es un don que la Iglesia no puede reservarse para sí misma; lejos de eso, ella tiene la enorme responsabilidad de anunciar, celebrar y servir el evangelio de la esperanza. En esta hermosa, a la vez que ardua tarea, el cristiano no debe desanimarse ni dejarse abatir por el cansancio: se trata de responder, con la ayuda del Señor, a la misión recibida en el bautismo. Esto es lo que han hecho los santos, convirtiéndose en testigos cualificados de esperanza. Compañeros de camino desde nuestro bautismo, ellos nos recuerdan que la vida cristiana no es un ideal inalcanzable. Ante un mundo necesitado de esperanza, el papa Francisco concluía su Audiencia general el 21 de junio de 2017 manifestando el deseo de que Dios nos conceda la gracia de ser santos, ya que “sin estos hombres y mujeres el mundo no tendría esperanza”. Ni para la sociedad ni para el mundo en su conjunto es bueno perder o ignorar a aquellos que estuvieron abiertos a la esperanza³¹.

29 La frase exacta, muy citada en las redes sociales, es: “If I help a single person to have hope, I will not have lived in vain” (cf. J. M. Washington (ed.), *A Testament of Hope: The Essential Writings and Speeches of Martin Luther King*, San Francisco 1991). Antes Walter Benjamin había dicho que “sólo por mor de los desesperanzados nos ha sido dada la esperanza” (“*Las afinidades electivas*” de Goethe, en W. Benjamin, *Obras*, libro I / vol. 1, Madrid 2006, 216).

30 Cf. Sínodo de los Obispos, *Testimoniamos con alegría el ‘Evangelio de la esperanza’ en Europa*. Mensaje de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos (21-X-99), *Ecclesia* 2969 (1999) 1638-1642.

31 Cf. A. Bathyány, *La superación de la indiferencia...*, 15. Agradezco al profesor Francisco García Martínez que tuviera a bien informarme de la existencia de este libro; él que, a su vez, ha publicado un trabajo sobre la esperanza: “Dar cuerpo a la esperanza. Aproximación a una topología cristiana de la esperanza”, en F. J. Andrades

Las personas que han cultivado la esperanza son las que han traído mejores condiciones de vida a la humanidad. ¡Ojalá fueran muchas las que soñaran y trabajaran por un mundo mejor! Todos saldríamos ganando, como todos saldríamos ganando si se invirtiera más en educar y fortalecer la esperanza. Es un don tan precioso que, según el antiguo mito de la caja de Pandora, es lo que permite vivir a los mortales en medio de tantos males como les rodean. Se comprende entonces que infundir esperanza sea un excelente servicio que la Iglesia está llamada a prestar a la sociedad, aquejada de tantos males. Muchos de esos males y problemas son muy complejos, lo que puede dar lugar a desistir de hacer algo. En lugar de eso, es preciso mantener viva la esperanza, aunque nuestra contribución aparentemente sea pequeña. Quien vive esperanzadamente no solo es capaz de transmitir esperanza, sino de hacer creíble la fe en un amor que salva. Tal vez, por eso, al principio de su pontificado, el papa Francisco manifestó que la gran tarea de la Iglesia consiste en ofrecer respuestas que den esperanza (cf. *Evangelii gaudium*, 114).

4. JUAN DE LA CRUZ, TESTIGO DE ESPERANZA

Decía Hannah Arendt que, en tiempos de oscuridad, no faltan hombres y mujeres que irradian luz y esperanza³². Y, aunque ella no lo cita, nos preguntamos si acaso Juan de la Cruz podría ser incluido entre dichos hombres y mujeres. Es cierto que vivió en otra época y que, por tanto, no pudo compartir las angustias y preocupaciones que acucian al hombre de hoy. Sin embargo, más allá de la distancia espacio-temporal, pensamos que hay algo que une a todos los seres humanos: el deseo de una vida con sentido, aunque expresado de maneras muy distintas. En tiempos de Juan de la Cruz, la cuestión del sentido no era una cuestión tan dramática como lo puede ser hoy para nosotros. El cultivo de la vida interior y la práctica de la esperanza, entre otras cosas, garantizaban, en mayor o menor medida, una vida con sentido.

No es necesario insistir en la profunda vida interior del místico Juan de la Cruz, cuyos escritos rezuman una altísima experiencia de Dios, hasta el punto de afirmar que el hilo de amor que une a Dios y a la persona (al alma, dice él) es tan fuerte que, transformada en Dios, “se hace deiforme y Dios por participación” (CB

Ledo - M. A. Pena González - A. Galindo García (coords.), *Razones para vivir y razones para esperar*. Homenaje al Prof. Dr. D. José-Román Flecha Andrés, Salamanca 2012, 479-494.

32 Cf. H. Arendt, *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona 2009.

39, 4). Aunque esto, explica Juan de la Cruz, se cumplirá perfectamente en la otra vida, ya ahora “se alcanza gran rastro y sabor de ella” (CB 39,6)³³.

En Juan de la Cruz no encontramos, propiamente hablando, un tratado de escatología. Lo que a él realmente le preocupa e interesa es la unión con Dios, y solo bajo esta perspectiva se ocupa de la vida más allá de la muerte³⁴. En la unión con Dios se activa el dinamismo de la vida interior que si, por un lado, coloca al hombre ante su propia finitud, por otro, le abre a la trascendencia. A pesar de su frágil condición, el hombre es capaz de acoger a Dios y establecer con él una relación de amor. Dicha acogida y dicha relación amorosa son anticipo de la unión plena y definitiva, cuyo deseo, cada vez más ardiente, intensifica la experiencia de amor entre Dios y el hombre. Herido por el amor de Dios, el hombre quisiera amar a Dios como Dios le ama. Es lo propio del amor perfecto, un amor que, sin embargo, solo en el estado beatífico será plenamente consumado (cf. CB 39,14).

No obstante, para el místico Juan de la Cruz la experiencia amorosa entre Dios y el hombre es de tal calibre y hondura que no permite pensar la vida eterna (o estado beatífico) como algo extraño o añadido, sino como algo propio. Si san Pablo afirma que nuestra filiación divina nos confiere el derecho a heredar la gloria de Dios (cf. Rom 8,17), Juan de la Cruz asegura que “allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho como hijo de Dios adoptivo” (LIB 3,78). Palabras tremendamente reveladoras que si, por un lado, nos descubren el ser más íntimo del autor, por otro, nos transmiten un mensaje muy esperanzador. En efecto, de la *Llama de amor viva* se ha dicho que es la biografía más íntima de san Juan de la Cruz y que lo que en ella encontramos es bastante más que una especie de escatología anticipada. *Llama* da testimonio del cumplimiento de la promesa: “La morada de la Trinidad realizada en doble dirección. La habitación de las Tres personas en

33 Citamos las obras de san Juan de la Cruz utilizando las siguientes siglas: CB = *Cántico espiritual* (segunda redacción); LIB = *Llama de amor viva* (segunda redacción); N = *Noche oscura* (primer libro cuando precede el número 1, segundo libro cuando precede el número 2). S = *Subida del Monte Carmelo* (el número que precede indica el libro).

34 Sobre la escatología en san Juan de la Cruz se puede consultar: J. V. Rodríguez, “San Juan de la Cruz, evangelista de lo eterno: apuntes de escatología sanjuanista”, *Revista de Espiritualidad* 33 (1974) 233-275; L. F. Mateo Seco, *La escatología en la doctrina de san Juan de la Cruz* (Pars dissertationis ad lauream), Pamplona 1977; F. Maas, “Eschatologie bei Johannes vom Kreuz”, en O. Steggink (coord.), *Juan de la Cruz, espíritu de llama*, Roma 1991, 761-789; F. Brändle, “Escatología en san Juan de la Cruz. Breves consideraciones”, *Revista de Espiritualidad* 80 (2021) 93-105.

el alma y viceversa. La inhabitación del hombre en la Trinidad”³⁵. En el caso de san Juan de la Cruz, la vida eterna no es algo exclusivamente futuro.

Más bien es lo más central del momento presente, que se actualiza en la mística transformación del hombre en Dios, quedando siempre abierta la posibilidad de su intensificación³⁶.

Obviamente, la experiencia mística no anula la tensión propia de la vida cristiana que se mueve entre el ‘ya’ de la salvación y el ‘todavía no’ de su consumación. Ahora bien, la gloria de la vida eterna no será distinta de la unión con Dios aquí en la tierra. De hecho, en la obra sanjuanista hay muchos lugares que subrayan la continuidad entre vida terrena y vida celestial. Y, aunque no deja de subrayar la discontinuidad entre una y otra, dicha discontinuidad “está para san Juan de la Cruz en relación con una esencial conexión”³⁷. Evidentemente, Juan de la Cruz no niega la plenitud escatológica, pero tampoco separa la vida terrena de la vida celestial. En cierto sentido, la unión mística es una realización escatológica en un contexto de dinámica de encuentro con Dios, que siempre es un *Deus absconditus*.

Algunos autores han hecho notar la no pequeña tensión entre el místico y el teólogo Juan de la Cruz; tensión que explicaría la existencia de dos redacciones de *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*. Mientras en la primera redacción, fruto en gran medida de sus propias vivencias, se acentúa una escatología realizada, en la segunda deja abierta la puerta a una escatología futura. Detrás de un cambio tan significativo está la lectura del opúsculo pseudotomista *De Beatitudine*, citado en Cántico B 38, 4, y cuyo influjo fue determinante. Juan de la Cruz, que “cantó como nadie las dulzuras del abrazo nupcial con Dios en esta vida, en una segunda reflexión pone al alma en suspiros abisales por llegar a poseer «aquello que me diste el otro día»”³⁸. Y, según explica el propio Juan de la Cruz, ese otro día es el día de la eternidad para el cual predestinó Dios al alma,

35 G. Castro Martínez, “*Llama de amor viva*: originalidad y estructura”, *Revista de Espiritualidad* 80 (2021) 27. Todas las páginas de *Llama* “plantan, implícita o explícitamente, las cuestiones relativas a la tensión y a la vivencia tan típicamente cristiana del tiempo eternizado y vivido como arras y anticipo del futuro absolutamente deseado por la esperanza” (*ibid.*, 32-33). El anhelo de plenitud es tan fuerte que, según Mouroux, el tiempo en san Juan de la Cruz es ‘tiempo escatológico’, cuyo contenido específico es la muerte y resurrección con Cristo (cf. J. Mouroux, *Le mystère du temps. Approche théologique*, París 1962, 246-274).

36 F. Maas, “Eschatologie bei Johannes vom Kreuz...”, 780.

37 *Ibid.*, 768.

38 M. A. Díez González, *Lecturas medievales de san Juan de la Cruz*, Burgos 1999, 266. Cf. Id., “La reentrega de amor así en la tierra como en el cielo. Influjo de un opúsculo pseudotomista en san Juan de la Cruz”, *Ephemerides Carmeliticae* 13 (1962) 299-352.

que será cuando le conceda ver a Dios, una experiencia que, por no ajustarse a nombre alguno, designa con el término ‘aquello’ (cf. CB 38, 5-9).

Que sea imposible de explicar lo que Dios tiene preparado para los que le aman, no significa que sea imposible de esperar. Todo lo contrario. De hecho, *Cántico espiritual* se cierra con una sentida a la vez que profunda confesión de esperanza, expresada en el deseo de que quien en la Iglesia militante ha llegado al matrimonio espiritual sea trasladado al glorioso matrimonio de la triunfante (cf. CB 40, 7). Animado por esta esperanza, por carta, exhorta a Juana Pedraza a vivir como peregrinos “esperando allá todo” (12.X.1589).

De la esperanza se había ocupado Juan de la Cruz por extenso en la *Subida del Monte Carmelo*. Allí dejó claro que el camino más directo y seguro para alcanzar la unión con Dios es el camino teologal. La esperanza, junto con la fe y el amor, introduce a la persona en esa vida de comunión con Dios de la que da cuenta tanto *Cántico espiritual* como *Llama de amor viva*. Traducir en palabras esa experiencia no le resulta fácil al místico, quien, insatisfecho con sus explicaciones, preferiría guardar silencio. Y eso, justamente, es lo que hace Juan de la Cruz, interrumpiendo bruscamente su discurso: “yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería que ello es si lo dijese” (LIB 4, 17).

5. ESPERANZA DE CIELO ALCANZA CUANTO ESPERA

En el mes de junio de 1591 los Carmelitas Descalzos celebran en Madrid Capítulo, al que acude Juan de la Cruz en su condición de prior del convento de Segovia y de definidor. El que hasta entonces fuera primer definidor no solo queda sin oficio, sino que, para deshacerse de él, se piensa enviarlo a México. Enteradas del plan, algunas personas amigas se mostraron muy contrariadas. Juan de la Cruz, en cambio, reacciona con admirable serenidad. Desde el convento de La Peñuela (Jaén), que es su nuevo destino, escribe en agosto-septiembre de 1591 a la Madre Ana de San Alberto: “ya sabe, hija, los trabajos que ahora se padecen. Dios los permite para prueba de sus elegidos. En silencio y esperanza será nuestra fortaleza (Is 30,15)”. Ciertamente, también en medio de las dificultades crece la esperanza o, tal vez, habría que decir que es en las dificultades donde ella se acrisola y consolida. A este respecto, séanos permitido citar el caso del cardenal François-Xavier Nguyen Van Thuan que pasó trece años en la cárcel “en una situación de desesperación aparentemente total” y a quien el papa Benedicto XVI

ha propuesto como testigo de una esperanza “que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad” (*Spe salvi*, 32).

Juan de la Cruz, que ha cantado y saboreado las delicias del amor divino, al final de sus días ha gustado también las asperezas y malos tratos de los humanos, entre los que cabe destacar el caso de Francisco Crisóstomo, prior del convento de Úbeda. Aquí llegó, enfermo, el 28 de septiembre de 1591 Juan de la Cruz, a quien el mencionado prior, después de un frío recibimiento, le asignó la celda más pobre y estrecha. Lejos de abatirse, Juan de la Cruz, quien, como el salmista, ha hecho de Dios su roca firme y baluarte de salvación (cf. Sal 17; 30; 61), se muestra agradecido y esperanzado. Firmemente anclado en Dios, sigue deseando y esperando alcanzar una vida de comunión con él aún mucho más plena. Para él esta vida ya no es vida o, por mejor decir, no es vida verdadera, por eso solo vive pensando en Dios, con esperanza de verle. Y, aunque la posibilidad de perderlo es causa de dolor, no por eso deja de seguir esperando. De modo que en la poesía que lleva por título *Vivo sin vivir en mí* dice:

*Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
y esperando como espero,
muérome porque no muero.*

Los autores del Nuevo Testamento exhortaban a los primeros cristianos a esperar con paciencia y perseverancia. Así, el autor de la carta a los Hebreos manifestaba que lo que hacía falta para cumplir la voluntad de Dios y obtener lo prometido es *hypomoné* (esperanza paciente y perseverante) (cf. Heb 10,32-36). Que vuestra fe produzca *hypomoné* (esperanza paciente y perseverante)—escribía el apóstol Santiago— y que ésta vaya acompañada de buenas obras (cf. Sant 1,2-4). A los cristianos de Tesalónica Pablo les comunica: “Estamos orgullosos de vosotros frente a las iglesias de Dios por vuestra *hypomoné* (esperanza paciente y perseverante) y fe en las persecuciones y aflicciones que soportáis” (2 Tes 1,3-4). Por último, a los cristianos de Roma Pablo anima a la práctica de un amor sin fingimiento, deseándoles que la esperanza les tenga alegres, aun cuando se vean acosados por la tribulación (cf. Rom 12, 9-13).

Y por la tribulación se vio acosado Juan de la Cruz. Ya nos hemos referido a la marginación y mal trato que experimentó en los últimos meses de su vida, a lo

que habría que añadir los nueve meses de encerramiento en la cárcel conventual de Toledo. Sin embargo, estos sucesos, por duros que fueron, no consiguieron quebrar su esperanza en Dios; está plenamente convencido de que Dios no abandona a quien lo busca con sincero corazón (cf. 1 N 10,3). Dios no defrauda a quien confía en él. Más bien ocurre que los que esperan en Él renuevan sus fuerzas, conforme a lo anunciado por el profeta Isaías (cf. Is 40,31). Ahora bien, que Dios sea fundamento de la esperanza cristiana no significa que ésta se identifique con la quietud o la pasividad. En realidad sucede lo contrario: siendo virtud propia del caminante, la esperanza no solo nos pone en movimiento, sino que, además, es virtud de altos vuelos que hace crecer el amor. Según Juan de la Cruz, cuando la esperanza se halla fortalecida por el amor, no solo hace caminar hacia Dios, sino que al caminante le hace volar ligero (cf. 2 N 20,1).

Juan de la Cruz ha expresado esto magistralmente en una de sus poesías que bien puede ser considerada como un canto o himno a la esperanza. Es la poesía que comienza diciendo:

*Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto
volé tan alto tan alto
que le di a la caza alcance.*

El texto evoca de inmediato el arte de cetrería, actividad consistente en cazar con aves especialmente entrenadas para ello. El poeta habla aquí de una caza alcanzada después de un vuelo muy alto. Sin embargo, no se trata simplemente de volar y volar cada vez más alto. Eso puede ser muy bello e incluso espectacular, pero no es la razón y motivo del vuelo del que aquí se habla. Desde el primer momento, Juan de la Cruz deja clara la razón del vuelo al apuntar: *Tras de un amoroso lance*. Es decir, en el origen hay una experiencia de amor que, sacando a la persona de sí misma la hace emprender el vuelo. No volaría en absoluto si no hubiera sido tocada por un amor primero. Pero, dado que eso justamente es lo que ha ocurrido, cual enamorado o enamorada, la persona ya no cesará en su empeño hasta ‘cazar’ a su Amado/a. El suyo es un amor ardiente, acompañado de una esperanza activa.

Un detalle a tener en cuenta: según Juan de la Cruz, la esperanza no solo no puede faltar (*y no de esperanza falto*), sino que es ella la que reactiva el amor: ama y sigue amando cada vez más intensamente con la esperanza de darle a la caza alcance. La esperanza, que es virtud de caminantes, es, asimismo, virtud de

amadores. A los que se aman de veras les acompaña la esperanza de un amor tan fuerte como verdadero. Olvidándose de uno mismo y entregándose a los demás es como el amor se autentifica. Perder para ganar: la esposa del *Cántico espiritual* nos hace saber que ha perdido el ganado que antes seguía (cf. CB 26) y que, a cambio, ya solo en amar es su ejercicio (cf. CB 28). Pues bien, en uno de los versos de la primera estrofa de la poesía que estamos comentando leemos que, aun cuando en el vuelo quedó falto, el amor fue muy alto.

Es sabido que en el pensamiento de Juan de la Cruz, fe, esperanza y amor forman una tríada perfectamente ensamblada. Así, después de haber aludido al amor y a la esperanza, en la segunda estrofa del poema se refiere a la fe, indicando que la caza o conquista se hace a oscuras. A quien ama de veras no necesita de otras garantías distintas del amor para seguir amando. Por eso, aunque sin ver a causa del exceso de luz, pero confiando totalmente en la persona amada, el (o la) protagonista de la escena dio un salto tan alto *que le dio a la caza alcance*.

El diccionario de la Real Academia Española no deja dudas sobre el significado de los verbos ‘subir’ y ‘bajar’. Otra cosa es el significado que en el evangelio adquieren determinadas expresiones, como cuando Jesús dice que hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos (cf. Mt 19,30; 20,16). Teniendo esto en cuenta, ¿a qué se refiere Juan de la Cruz cuando, en la tercera estrofa, escribe *abatíme tanto tanto y fui tan alto tan alto, que le di a la caza alcance*? Puesto que él no lo explica, algunos interpretan que puede referirse a la purificación de la fe, la cual, para autentificarse ha de pasar por el crisol de la prueba. Y la prueba es una magnífica ocasión para conocernos a nosotros mismos. Ese autoconocimiento es, en palabras de Teresa de Jesús, el pan con el que se han de comer todos los manjares, lo cual quiere decir que la humildad ha de acompañarnos en cada una de las etapas del camino de la vida espiritual. Por eso, cuanto más arriba más humildes, cuanto más humildes (más abajo) más arriba (más alto). Son las paradojas de la vida cristiana que nos recuerdan la gran paradoja de un Dios que se ha abajado haciéndose uno como nosotros (cf. Filp 2,6-11).

Finalmente, en la cuarta y última estrofa, con un lenguaje poético-simbólico, Juan de la Cruz alude a una experiencia indescriptible (haber pasado mil vuelos en un solo vuelo), que evoca lo que el apóstol Pablo cuenta en la segunda carta a los Corintios: allí afirma que él conoce a una persona que ha sido arrebatada hasta el tercer cielo donde escuchó palabras inefables (cf. 2 Cor 12,2-4). Sin embargo, como quien desea cortar de raíz cualquier asomo de vanagloria, Pablo manifiesta

que no es de eso de lo que quiere hablar, sino de sus debilidades. Lo que nos hace grandes y habilita el camino para el encuentro con Dios es la humildad y la sencillez de quien todo lo fía a Dios. Si el apóstol Pablo asegura que los que esperan en Él no quedan defraudados (cf. Rom 5,5), Juan de la Cruz, por su parte, concluye el poema diciendo que *esperanza de cielo tanto alcanza cuanto espera*. “Fue la esperanza la que suscitó la búsqueda (‘esperé solo este lance’), la que mantuvo el vuelo ininterrumpido (‘en esperar no fui falto’), y la que finalmente, con su último aleteo, provocó el mayor y definitivo salto, el vuelo de la captura”³⁹.

6. CONCLUSIÓN

Quien no espera —decía Heráclito— jamás alcanza lo inesperado, lo cual, desde otro ángulo, confirma Juan de la Cruz al declarar que “acerca de Dios, cuanto más espera el alma, tanto más alcanza” (3 S 7,2). La esperanza, dice en otro lugar, es una túnica o librea verde con la cual el alma va muy segura, y sin la cual no alcanzaría nada (cf. 2 N 21,6-8). Ella es la que mueve y vence los obstáculos, haciendo que la persona no pierda nunca de vista a Dios. Se trata de una esperanza porfiada por cuanto no solo levanta la mirada a Dios, sino también el vuelo. Quien ha experimentado la presencia-ausencia del Amado espera porfiadamente, y no sin gemido, alcanzar la plena unión con Él.

En el camino hacia la unión con Dios la fe y el amor son absolutamente imprescindibles; también lo es la esperanza. Las tres forman una unidad indisoluble. Por eso, el olvido o negación de una de ellas repercutirá negativamente en las otras. Y a la inversa: el ejercicio y buena praxis de cualquiera de ellas influirá positivamente en las demás. Esto significa que, en medio del colapso que pueden experimentar las esperanzas en el futuro, la esperanza cristiana emerge como buena noticia capaz de infundir sentido a nuestras vidas, abriéndonos a Aquel que vendrá y a lo que está por venir.

39 S. Ros García, “El camino místico de San Juan de la Cruz: Tras de un amoroso lance”, *Revista de Espiritualidad* 52 (1993) 337.

